

Las trayectorias políticas de los medios

Por José Luis Dader

HALLIN, DAN &
 MANCINI, PAOLO (2004)
*Comparing Media Systems.
 Three Models of Media
 and Politics*
 Cambridge (UK) & New York:
 Cambridge University Press
 342 pp.

¿Por qué son los medios como son? y ¿En qué medida se pueden establecer interdependencias estables entre los sistemas políticos y los mediáticos? Tras un par de preguntas tan directas como infrecuentes en los estudios mediológicos, los autores desarrollan una respuesta diferenciante y a la vez reunificadora, basada en información cualitativa y cuantitativa recolectada a lo largo de años de entrevistas y observaciones de primera mano, sobre la actividad de los medios y sus periodistas en casi una veintena de países.

Su respuesta, circunscrita al área europea y norteamericana

del capitalismo avanzado, refleja los complejos matices de la diversidad y la evolución. Pero además decanta una potente explicación de las claves teóricas de esa ambivalente manifestación de diferencias y similitudes, de tres grandes subconjuntos culturales: *El Modelo Liberal* (angloamericano), caracterizado por un dominio relativo de los mecanismos del mercado y la preponderancia de los medios comerciales, el *Modelo Democrático Corporativo* (centro y norte europeo), regido por la coexistencia histórica de medios comerciales y medios ligados a grupos sociales y políticos institucionalizados, junto con un importante papel regulador del Estado, y el *Modelo Pluralista Divergente* -“Polarized Pluralist”- (mediterráneo), de medios conectados o alineados con los partidos políticos, una debilidad histórica en el desarrollo comercial mediático y un fuerte papel del Estado (p. 11).

Tales tendencias de homogeneidad “regional”, por encima del aparente caos localista, afloran mediante una perspicaz apli-

cación del aparato teórico de la ciencia política y sociológica, junto con la identificación de las dispares raíces ideológicas, socioculturales y económicas en que la historia y la actividad mediática de cada grupo de países ha fraguado. Las conexiones que los autores demuestran entre los tipos de cultura mediática y las diversas alternativas de estructuración de las instituciones políticas son sin duda importantes. Pero quizá lo es más su explicación de “cómo los diferentes modelos de medios hunden sus raíces en diferencias más amplias que la estructura política y económica” (p.8), por lo que declaran haber “procurado mostrar en qué medida las diferencias entre los diversos modelos de medios están conectadas a la mentalidad socialmente compartida (en cada marco geopolítico) acerca del Estado, la sociedad, la objetividad, el interés público, etc.” (p.9).

El precedente más ilustre de este esfuerzo de racionalización explicativa, al que los propios autores rinden homenaje, es el libro *Four Theories of the Press*, de Siebert, Peterson y Schramm.

Pero como declaran Hallin y Mancini (p.10), ya era hora de darle al viejo clásico un honorable entierro. Critican en efecto que a pesar de la utilidad que ha tenido durante décadas la distinción de aquel texto entre los modelos de periodismo autoritario, liberal, de reponsabilidad social y soviético-comunista, aquel cuadro no se basaba en un análisis empírico pormenorizado de las conexiones entre los sistemas sociales y los medios. Se limitaba a describir “teorías racionales” autolegitimadas bajo esquemas demasiado simplificados, y una visión típica de la “guerra fría”, que le hacía perder de vista, entre otras, la compleja diversidad de la experiencia europea.

En aquel texto, como en la infinidad de trabajos forjados a su sombra, sólo se había analizado en profundidad el llamado “modelo liberal” o -en realidad- “angloamericano”. Y éste había sido incluso considerado -en opinión de los actuales revisionistas- “más homogéneo de lo que de hecho resulta ser” (p. 198). En su lugar, Hallin y Mancini diseccionan, bajo el prisma

sistemático del método comparativo, los rasgos distintivos de sus tres nuevos modelos, junto con las graduales diferencias de cada país, en una distribución espacial -sintetizada en el gráfico de la página 70-, que refleja las complejas distancias y similitudes de todos ellos. Del panorama dibujado se desprende que ninguno de los citados modelos resulta compacto por completo ni se libra de tendencias internas contradictorias. La mayor virtud, en mi opinión, de este estudio consiste en no dejarse vencer por la tentación de un esquemático simplismo, sin tampoco incurrir en la inconexa enumeración de peculiaridades circunstanciales. Las tres formas *relativamente* diferenciadas de experimentar el encuentro entre medios y política que desgranar Hallin y Mancini nos muestran no sólo el dinamismo y las contradicciones internas de cada una, sino también que ninguna de ellas resulta intrínsecamente superior, en términos de ideal democrático, ya que los aspectos más positivos de cada marco se ven a su vez ligados a algunas debilidades o consecuencias perwersas.

Cabría destacar así, cómo la objetividad periodística entendida como simple equidistancia aséptica no es la única respuesta profesional valorable o valiosa: Hallin y Mancini ilustran con ejemplos de diversos periodismos europeos que para ellos “la mera narración de hechos no constituía un auténtico ejercicio de profesionalidad periodística, por lo que practicaban un estilo de redacción que concedía un fuerte énfasis al comentario” (p. 39). Y que “la expresión de puntos de vista manifiestos no tiene por qué resultar contraria, sino incluso íntimamente conectada con la noción de independencia profesional y la identificación del periodismo con un depósito de la confianza pública” (p. 41). Afirmación que, -en el sopesado ejercicio de ecuanimidad desplegado por estos autores- tampoco es ofrecida para avalar los exagerados sectarismos del habitual clientelismo de las democracias mediterráneas.

El libro aborda también la eventual convergencia de los tres modelos, al hilo de la homogeneización de las nuevas tecnologías y los vientos llamativos

de la globalización planetaria. Pero también descubre los importantes factores que la limitan e incluso la ponen en retroceso en diferentes entornos. Parecería en efecto que el modelo liberal angloamericano lleva camino de imponerse como única referencia. Pero, con una nueva demostración de perspicacia, Hallin y Mancini declaran que tal confluencia no significa una aproximación sin más de los otros dos modelos al primero, sino la tendencia común hacia una nueva situación que los autores denominan la “*diferenciación* del sistema mediático frente a las instituciones políticas”. Los medios siguen afectando a la política, pero con una lógica propia (“*media logic*”) separada y desvinculada de la lógica de los partidos y de las

instituciones políticas en general.

Por el contrario, si un tronco común (“occidental”) de valores culturales, ideológicos y económicos no ha borrado a lo largo de varias centurias las agudas diferencias “regionales”, tampoco hay que suponer una desaparición ahora vertiginosa. Es cierto que los factores tecnológicos y de aceleración convergente tienen hoy una fuerza muy superior a la que en su día provino del común modelo económico e ideológico. Pero aun así, la riqueza de matices descrita por los autores de este libro es demasiado vasta y demasiado resistente como para pensar al final de esta lectura que todo ello pueda desvanecerse de forma repentina.

**La inexorable
incompetencia del
ciudadano omnicompetente**

*Por Rodrigo Fidel
Rodríguez Borges*

LIPPMANN, WALTER (2004):
La Opinión Pública
Madrid: Ed. Langre

Algunos años antes de la publicación de *La Opinión Pública* en 1922, Walter Lippmann había criticado en el libro *Liberty and the News* los numerosos errores y tergiversaciones que contenían las crónicas de la prensa norteamericana sobre la Revolución Rusa. Contra lo que cabía esperar, las informaciones de los periódicos no se basaban en hechos confirmados sino, más bien, en las expectativas y deseos de los informadores y las empresas periodísticas. Perplejo ante esa evidencia, Lippmann se formuló una pregunta que luego retomaría en *La Opinión Pública*: ¿cómo pueden los ciudadanos decidir sobre los asuntos públicos si no pueden acceder a información fiable?

La Opinión Pública es, valga

la obviedad, un clásico del periodismo que aborda cuestiones cardinales y recurrentes: la objetividad informativa, el perverso matrimonio entre prensa y propaganda o la participación de los medios en la difusión de una visión manipulada de la realidad. Y en ese terreno Lippmann habla por experiencia propia: asesor de varios presidentes y experto en inteligencia militar, la Primera Guerra Mundial le sirvió para apreciar el valor estratégico de la propaganda. Con todo, el libro del que hablamos no es un manual de sociología de la prensa o de deontología; se trata más bien de un texto que aúna la teoría del conocimiento, la psicología y el pensamiento político.

El periodista norteamericano parte de una constatación ya obvia en 1922: el mundo que nos rodea e influye no es ya una pequeña comunidad de unos pocos cientos de ciudadanos. Nuestro entorno vital es excesivamente grande, complejo y cambiante para que podamos conocerlo de forma directa y sencilla. El conocimiento de ese entorno es, por ello, necesaria-

mente una esquematización distorsionada. No quiere decirse una pura mentira, pero sí una cierta ficción simplificadora que construimos con la ayuda de estereotipos. Los estereotipos operan como tipificaciones culturales gracias a las que reducimos la multiplicidad de aristas de un problema a unas pocas dimensiones manejables. En breve: un mecanismo que nos permite ahorrar tiempo, pero al precio de cambiar información por pseudoconocimiento. Habrá que convenir entonces que no es cierto que “todos los hechos nacen libres e iguales” (p. 73) y -de la misma forma que admitimos que una cuestión puede tener dos lecturas- deberemos aceptar que los hechos pueden tener dos caras. Vivimos, pues, instalados en una realidad social construida en parte por nuestra propia percepción estereotipada y en parte por las historias, relatos e informaciones que otros nos cuentan. El conocimiento que tenemos del entorno es, en buena medida, vicario, de segunda mano, porque entre los ciudadanos y la realidad se interpone una suerte de *velo de Maya* schopenhaueriano.

La posibilidad de aprehender la realidad de forma objetiva es un problema clásico de la teoría del conocimiento, como el propio Lippmann pone de relieve al encabezar su libro con el pasaje de *La República* en el que Platón enuncia el mito de la caverna: aquel grupo de individuos encadenados de espaldas a la luz que toma por objetos reales las sombras fantasmagóricas reflejadas en las paredes de la cueva. Ante esta situación, ¿qué papel le cabe a los periodistas? Desde luego, uno mucho más modesto del que algunos pretenden. De hecho, la prensa parece abocada a una tarea que le sobrepasa: por más que quiera ayudar a saldar el déficit de conocimiento fiable y contribuir a la formación de una opinión pública informada, su percepción del mundo también está afectada por los estereotipos.

Si el libro se detuviera aquí, estaríamos ante una aguda reflexión epistemológica anticipatoria del escepticismo racional defendido por Edward H. Carr en la historiografía o por Berger y Luckmann en la sociología, por poner dos ejemplos. Pero

Lippmann va más allá y traslada sus observaciones a la política para cuestionar el fundamento mismo de la teoría democrática. Los padres fundadores de la Revolución Americana perfilaron un régimen pensado para pequeñas comunidades donde era posible el ideal del ciudadano omnicompetente, capaz de decidir sobre todos los asuntos públicos con un conocimiento fundado. Pero si nuestra percepción del mundo es poco fiable, la democracia entendida como un sistema basado en la competencia de todos los ciudadanos para decidir se torna imposible o pura impostura. Aún más: ni siquiera la clase política parecer poder gobernar competentemente, puesto que “el contacto de los legisladores con los hechos necesarios es pésimo” (p. 237).

Cuestionada así la democracia, Lippmann vuelve a recurrir al Platón de *La República* para proponer, si no un gobierno de sabios, sí un gobierno asesorado por una legión de especialistas cualificados. Esta *maquinaria del conocimiento* (p. 293) estaría integrada por ingenieros, contables, estadísticos y científicos,

cuya labor consistiría en proporcionar a los dirigentes información fiable del entorno exterior. Sin responsabilidad sobre las decisiones finales y libres de compromisos partidistas, estos técnicos actuarían con independencia y al margen de criterios de oportunidad política.

La agudeza y pertinencia de las observaciones de Lippmann sobre el fundamento de la democracia justifican por sí solas la revisión de este clásico, pero el lector no puede evitar un respingo ante un proyecto de ingeniería social apuntalado con términos tan desasosegantes como *oficinas de información, maquinaria del conocimiento, la organización o ejército de expertos*. En un momento de su presidencia, Aznar puso al frente de una Oficina Presupuestaria al experto profesor Barea con la misión de vigilar como autoridad independiente el estado de las cuentas públicas. Luego de sobresaltar a la ciudadanía pronosticando la bancarrota del Estado del Bienestar y la imposibilidad de pagar las pensiones, el gobierno popular decidió deshacerse de tan incómodo arúspi-

ce. Este comentarista aún no sabe qué le resultó más preocupante: si la ligereza con que los políticos se desentienden de los informes fiables (si es que lo eran) para abrazar ficciones más

confortadoras o la desafección con que el experto Barea hablaba de parados y pensionistas como meras *unidades de gasto* a reducir.

Telebasura y periodismo: se deslizan las fronteras

Por Concha Mateos

ELÍAS PÉREZ, CARLOS (2004):
Telebasura y periodismo
Madrid: Libertarias

Un ensayo documentado, una lupa académica que recorre el escenario de la televisión basura española para detectar las zonas en las que se disfraza de periodismo y corroe al pensamiento público colectivo.

Carlos Elías Pérez -periodista antes que profesor universitario (y el "antes" en este caso sólo indica orden cronológico)- ha compuesto esta sinfonía analítica de la telebasura desde la óptica académica con lenguaje divulgativo y agilidad periodística.

Ediciones Libertarias sabía sin duda lo que hacía cuando contrató este libro con el autor: lo pueden leer los estudiantes de periodismo, lo van a leer los críticos de la televisión, lo están leyendo los académicos, los espías autores aprenderán de este estilo claro y dinámico en el que no se cuenta nada que no contribuya a ampliar la visión del objeto de estudio: cada párrafo hace caer un velo sobre el concepto de telebasura, la historia, el origen, las intersecciones bastardas con el periodismo, las causas y los intereses que sostienen este género audiovisual denostado y polémico, pero tan rentable comercialmente.

Elías no ha compuesto este trabajo sobre un andamiaje metodológico de investigación

de campo. Es cierto. Algunos críticos le han apuntado que no se trata de un libro científico sobre comunicación. El texto se sostiene sobre una base documental, no sobre una base experimental de análisis. No es el fruto de un ejercicio de laboratorio sobre la reacción social o de la audiencia ante la programación de telebasura. Es el producto de un trabajo académico con técnica periodística, que ha recopilado, relacionado y argumentado sobre el porqué de la telebasura en la televisión española, sus rasgos, sus modelos, sus antecedentes y su contexto laboral. Esa es la arquitectura de *Telebasura y periodismo*.

El objetivo del trabajo sin embargo se encuadra plenamente en la agenda académica: permitir el esclarecimiento conceptual entre telebasura y periodismo, trazar los límites conceptuales de los contenidos televisivos que pretenden ofrecerse como periodismo siendo telebasura. En ese sentido, este ensayo de Carlos Elías contribuye a ampliar áreas de conocimiento, tejer la malla de la doctrina periodística y rellenar

huecos conceptuales de esta disciplina.

Carlos Elías es un profesor joven, que tiene la virtud de haber entrado al periodismo por la puerta de la ciencia química (se licenció en Química antes que en Periodismo) y después la de haber entrado a la universidad por la puerta del ejercicio profesional del periodismo (fue redactor de Efe antes que profesor).

Esta trayectoria biográfica se aprecia en la dinámica discursiva que Elías derrama por el libro: capítulos breves, estructura lógica en la ordenación de las partes, ideas precisas, frases cortas, tono coloquial y trayecto resolutivo de los argumentos. Con esas características se despliegan los nueve capítulos que componen *Telebasura y periodismo*.

El tema necesitaba bibliografía en castellano. La telebasura es un fenómeno reciente en las parrillas de televisión en España y cuenta con pocos estudios especializados. Cuando un área emergente del conocimiento

científico empieza a preocupar a la comunidad académica, lo lógico es que se inicie su rotación a través de ensayos. Los ensayos abren el campo interpretativo, lo abonan con sugerencias, nuevos conceptos, formulación de problemas, hipótesis, etc; y así dan paso a la tarea de fijar herramientas metodológicas que destripen después la cuestión desde el procedimiento científico riguroso y sistemático. La telebasura se encuentra en ese paso de agitación intelectual previa a la instalación de un laboratorio de análisis. Quince años de telebasura española han levantado las suficientes ampollas para mover al análisis.

Carlos Elías repasa los momentos más notorios de este tiempo. Retrata cada caso con el juego de contrastes propio de la técnica periodística, con oficio, y con profesión, dos conceptos que el libro también contribuye a diferenciar conceptualmente.

Todos esos casos y otros que no caben en este libro, han llenado el patio público de multitud de voces detractoras, fanáticas,

libertadoras, defensoras, moralizantes y estridentes. Pero las aportaciones académicas no han sido tantas, apenas han salido de las revistas especializadas y en ocasiones proceden de fuera del área de la comunicación y el periodismo, como es el caso de Gustavo Bueno con su *Telebasura y democracia* (2002).

En ese contexto cobra sentido que Libertarias haya apostado por editar este libro. Está construido quizá con un exceso de rapidez, porque trabaja en presente, atrapa el objeto de estudio antes de que sea historia. Inaugura una visión. De un monstruo tiene muchas caras: polémica política, ingentes sumas de dinero, competencia entre cadenas, implicación de periodistas procedentes del periodismo serio, situación sociolaboral precaria del ejercicio del periodismo en este país, complicidad de las universidades en fomento de unas prácticas profesionales que dañan a la profesión... Y junto al repaso de esa coyuntura, el autor abre un espacio de memoria del género, en el que se repasan los antecedentes del periodismo sensacionalista desde el naci-

miento mismo del Periodismo.

Carlos Elías ha colocado un prisma en la sala de espera de los estudios sobre la telebasura. Si lo vamos girando el prisma proyecta en la pared las distintas vertientes del asunto: manipulación frente a telebasura, periodismo y sensacionalismo, rentabilidad y servicio público, modelo de televisión y función informativa, papel jugado por la prensa de prestigio en España - que también "telebasura" de vez en cuando - límites del periodismo en televisión, papel de la universidad... Y propuestas del autor para el futuro.

Todo lo que hace un periodista no es Periodismo. La información que no trata sobre lo que contribuye o concierne al conocimiento y al desarrollo humano es telebasura. ¿Dónde está la frontera? La paradoja está aquí: hoy hay telebasura en la que las fuentes cobran por hablar y periodismo en el que los periodistas pagan por trabajar, a veces para sustituir a compañeros en huelga.

Las fronteras se están deslizando, y para medir el deslizamiento hace falta fijar el punto de partida.

Síntesis y ensayo sobre modelos de televisión

Por Iñaki Zabaleta Urkiola

CEBRIÁN HERREROS,
MARIANO (2004):

*Modelos de televisión:
generalista, temática y
convergente con Internet*
Barcelona: Paidós

Este último libro de Cebrián, autor que desde el área científica del periodismo ha producido una numerosa y destacada bibliografía sobre diversos campos de la información y la comunicación audiovisual, es síntesis y ensayo, en nuestra opinión. Síntesis de los modelos de televisión existentes (generalista y temático) y

ensayo, atrevido y generador de discusión, del modelo de televisión convergente con Internet. “La televisión hoy es unidad y trinidad” afirma (pág. 17), ya que “no son tres televisiones distintas, sino tres modalidades”.

Es importante el esfuerzo del autor para ofrecer una visión global de la transformación de la TV, puesto que no se limita a describir su innovación técnica (digitalización), sino que profundiza en los grandes procesos comunicativos y contextos discursivos (políticos, económicos, sociales, culturales) que se generan en los tres modelos. Ahora bien, no coincidimos en su apreciación de que “intentar vislumbrar la situación dentro de un lustro será tarea vana”.

Dos manuales con pretensión de enciclopedia

Por Arantza Gutiérrez Paz

RODERO, EMMA; ALONSO, CARMEN M^a. y FUENTES JOSÉ ÁNGEL (2004):
La radio que convence. Manual para creativos y locutores publicitarios
Barcelona: Ariel

RODERO, EMMA (2003):
Locución radiofónica
Madrid: IORTV-Publicaciones
Universidad Pontificia de Salamanca

Más allá de la obvia coincidencia de una de sus autoras y de que ambos traten sobre el medio radio, son varias las características que tienen en común los textos objeto de esta reseña, tanto en cuanto a la estructura como a la manera de exponer los contenidos. Nos encontramos ante dos manuales en que se ofrece a los y las profesionales de la radio una serie de directrices que les ayuden a ser conscientes de pequeños errores y vicios adquiridos tras una rutina diaria frenética y

poco reflexiva y, sobre todo, se les proponen alternativas y ejercicios para -más allá de la mera autocrítica- corregirlos y mejorar.

Abundan en ambos los ejemplos recogidos de la práctica diaria, así como propuestas concretas y claramente ilustradas. No es casualidad, ya que estos manuales se sustentan en gran parte en sendas investigaciones empíricas realizadas por sus autoras. Tal vez sea ese, sin embargo, uno de los flancos más débiles de estos textos, ya que en algunos capítulos abusan de una argumentación teórica más propia de una tesis doctoral que de un manual al uso, cuyo público objetivo son los y las profesionales del medio. Por el contrario -el defecto se hace virtud-, esta vasta documentación teórica convierte a ambos en instrumentos casi imprescindibles en la biblioteca de los y las estudiantes de radio.

El manual sobre locución no defraudará al lector/a que busque aquello que la propia autora promete: "todos los conocimientos teóricos previos que deman-

da el locutor para saber cómo enfrentarse con cualquier texto combinado con ejercicios prácticos que le posibiliten materializar con su voz todas sus decisiones” (pág. 21). Sin duda, uno de los grandes logros de este texto es el trabajo de compilación realizado por la autora y su capacidad de abarcar los principales aspectos -si no todos- de la locución radiofónica, que hasta ahora se encontraban, muchas veces de manera marginal, dispersos en manuales de radio o de disciplinas afines como la lingüística, e incluso, en los denominados manuales de autoayuda.

En cuanto a su estructura, en la primera parte, dedicada a la sustancia sonora -la voz radiofónica- la autora realiza una somera descripción de los aspectos físicos de la voz, así como una clasificación y caracterización de lo que denomina la voz radiogénica -la más adecuada para la radio- Una vez establecida ésta, ofrece una serie de ejercicios concretos y bien ilustrados -es de destacar el trabajo realizado por la ilustradora-, que ayudan al locutor/a a educar y cuidar su

instrumento principal de trabajo, que no es sino su propia voz, en lo que denomina ortofonía.

No sólo cuidar la voz, sino también la forma de decir -la forma sonora- son fundamentales para conseguir una buena locución. En la segunda parte del libro, Rodero realiza un profundo análisis sobre prosodia en general, así como de los elementos que la componen -acento, entonación y ritmo- de manera individual. Un capítulo dedicado a la pronunciación cierra este apartado. Como en casos anteriores, tras proponer la pronunciación correcta de consonantes y vocales, hace un diagnóstico de errores más comunes cometidos en la locución radiofónica, y propone una batería de ejercicios sobre aspectos que pueden mejorarse.

En *La radio que convence*, el objeto de estudio es la publicidad radiofónica, poco tenida en cuenta pese a su eficacia probada. Sin embargo, más allá del proceso de creación y producción publicitarias, los conocimientos ofrecidos pueden aplicarse también a la redacción

†

y locución radiofónicas en general, si bien el análisis empírico se basa en este caso en cuñas emitidas, las cuales se ofrecen en un CD recopilatorio. En ese disco se incluyen también ejercicios de locución ligados a la segunda parte del libro, en la que encontramos resumidos muchos de los contenidos del manual de locución, dirigidos específicamente a la "locución publicitaria", aunque no necesariamente limitados a ella.

Era necesario un texto específico sobre publicidad en radio, la gran olvidada en las faculta-

des de comunicación, y es éste el mérito más reseñable de este libro, que cumple su objetivo en la primera parte, la más novedosa. Sin embargo, puede que el lector perciba un exceso en el tratamiento de ciertos contenidos (el apartado sobre locución, demasiado extenso y general) o en la inclusión de capítulos como los dedicados al montaje sonoro (p. 185-199) o la producción de anuncios (cap. 5) que aportan pocas novedades respecto al proceso de creación publicitaria en la radio, no muy diferente en lo técnico al de otros formatos radiofónicos.

Nuevos caminos para la historia del periodismo

Por Javier Díaz Noci

GUILLAMET, JAUME (2003):

Història del periodisme

Barcelona, València,

Castellò de la Plana:

Universitat Autònoma,

Universitat Pompeu Fabra,

Universitat de València,

Universitat Jaume I

GUILLAMET, JAUME (2003):

Els orígens de la premsa a

Catalunya. Catàleg de

periòdics antics (1641-1833)

Barcelona: Arxiu Municipal

Que un profesor de Universidad publique un libro es siempre motivo de reseña; cuando, además, aparecen de forma prácticamente simultánea dos, la alegría es doble; cuando, a mayor abundamiento, se trata de obras en cierto modo complementarias, dirigidas tanto a cubrir amplios aspectos de la docencia, en forma de manual por un lado, y de la investigación, adoptando el carácter de monografía científica, por otro, la celebración es aún mayor. Pues bien, eso es lo que sucede

con las dos obras recientes de Jaume Guillamet, catedrático de la Universidad Pompeu Fabra de Barcelona, que se unen a una ya muy nutrida bibliografía.

Escritos ambos libros en una prosa catalana muy elegante -lo que por eso mismo es garantía para que cualquiera interesado en los temas tratados, al menos quien se acerque a los mismos desde el conocimiento de las otras lenguas romances de la Península, pueda comprender los textos sin mayores problemas-, la primera de esas obras, *Història del periodisme*, es el penúltimo manual publicado en España sobre este tema. Lejos de resultar repetitivo, el texto aporta algunos rasgos originales dignos de mención. En primer lugar, y puesto que se dirige fundamentalmente a los estudiantes de Periodismo o Comunicación Audiovisual del ámbito lingüístico catalán, Guillamet se refiere a la historia del periodismo en Cataluña, aunque lo inscribe dentro del periodismo español y dentro del periodismo mundial, sin que además, si bien se le dedican epígrafes propios, se trate de compartimentos estan-

cos. Antes bien, una de las principales originalidades de la obra reside precisamente en la imbricación de esos tres planos, atendiendo tanto a la periodización histórica propia de cada ámbito geográfico, pero también a una periodización propia de la historiografía del periodismo, que ya había propuesto el autor en algunos artículos anteriores publicados en catalán, castellano e inglés. El manual, de una extensión razonable, sin una excesiva impedimenta de notas, cuenta con ilustraciones escogidas, con una bibliografía adecuada y suficiente para el público universitario al que sobre todo se dirige, e incluye también recomendaciones sobre obras literarias de toda época relacionadas con el periodismo. Resulta por tanto recomendable para su público natural y para quienes, no siendo universitarios o no siendo hablantes de catalán, sientan interés por la historia del periodismo.

El segundo de los libros aquí reseñados, *Els orígens de la premsa a Catalunya*, es una extensa y bien documentada monografía sobre los inicios del

periodismo en Cataluña, que fija su atención sobre nada menos que dos siglos (de 1641 a 1833) y más de un centenar de títulos diferentes, que se identifican y describen en la tercera parte del volumen, el catálogo propiamente dicho. El libro está compuesto por sucesivas investigaciones desarrolladas a lo largo de siete años por el profesor Guillamet, sin que la obra se resienta en ningún momento de falta de unidad o coherencia. Así, los primeros periódicos editados en la Península, en los tiempos en que Cataluña se había entregado a la corona francesa, se identifican con claridad por primera vez. También varias gacetas de ese mismo siglo, ya reintegrado el principado a la corona española. El siglo XVIII, en cuyas postrimerías comienza a publicarse el longevo *Diario de Barcelona*, se examina con particular detenimiento. A continuación el libro dedica un bloque a los periódicos publicados en Cataluña a principios del siglo XIX, en un momento clave de la historia del periodismo, el del imperio napoleónico. Las gacetas de los invasores franceses y de la resistencia española

se exploran exhaustivamente. A continuación, y siguiendo una periodización marcada por la historiografía política, se dedican sendos capítulos a la prensa bajo el absolutismo (1814-1820), el trienio constitucional (1820-1823) y el final del absolutismo (la década moderada que va desde 1823 a 1833). De esta forma, Jaume Guillamet traza, a lo largo de un recorrido de casi doscientos años, el camino emprendido por el periodismo catalán desde sus comienzos hasta que se afianza como fenómeno moderno.

El volumen se completa con, además del catálogo ya mencio-

nado —que incorpora imágenes de los periódicos censados—, una veintena de interesantes documentos históricos, como privilegios de impresión y prospectos de los diferentes títulos investigados. La obra, una de las pocas de estas características publicadas en España, tanto por su alta calidad científica como por el periodo que cubre, uno de los menos estudiados, está llamada a convertirse en una referencia indispensable para todos los historiadores del periodismo también en el panorama europeo, donde las obras de este tipo y calidad no son todo lo habituales que sería de desear.

El reconocimiento a un género: el editorial

Por Fernando Martínez Vallvey

FERNÁNDEZ BARRERO, MARÍA ÁNGELES (2003): *El Editorial. Un género periodístico abierto al debate*. Sevilla: Comunicación Social. Ediciones y publicaciones

La publicación de monografías sobre los diferentes géneros periodísticos nos va dejando cada cierto tiempo un manual, normalmente fruto de una tesis doctoral, que viene a demostrar que la crisis de los géneros no es tal, por lo menos desde el punto de vista didáctico y académico. En los dos últimos años han aparecido varios títulos colectivos sobre la redacción periodística (ámbito en el que se estudian los géneros con capítulos generales dedicados a la redacción y otros de acercamiento a los géneros) y varios títulos se han aproximado hasta un solo género para diseccionarlo y analizarlo con minuciosidad. A estas alturas podemos decir que casi todos los géneros tienen una obra propia. De los escritos en los últimos

diez años hay que destacar: de la noticia (Martínez Vallvey: *Cómo se escriben las noticias*, 1999), del reportaje (*Introducción al reportaje. Antecedentes, actualidad y perspectivas*, 2003), de la entrevista periodística (Echevarría Llombart: *Las ws de la entrevista*, 2002), del artículo (León Gross: *El artículo de opinión*, Ariel, 1996), del suelto (Jimeno López: *El suelto periodístico. Teoría y práctica. El caso de ZIGZAG*, 1996), de la columna (López Pan: *La columna periodística. Teoría y práctica. El caso de Hilo Directo*, 1996), de la crítica (Vallejo Mejía: *La crítica literaria como género periodístico*, 1993), y ahora le ha llegado el turno al editorial con el libro: *El Editorial. Un género periodístico abierto al debate*, de María Ángeles Fernández Barrero. Otros géneros, como la crónica o el comentario, deben contentarse con capítulos incluidos en trabajos colectivos. Quizá la ambigüedad de sus nombres o los planteamientos híbridos que tienen en las redacciones de los medios impresos esté llevándoles a una lenta muerte, acrecentada por el poco entusiasmo que

generan entre los investigadores.

Ante la proliferación de trabajos sobre cada uno de los géneros, la principal vía para la investigación académica consiste, principalmente, en adentrarse en los terrenos inhóspitos o menos transitados. Esta ha sido la valiente apuesta de la profesora de la Universidad de Sevilla, María de los Ángeles Fernández. En su trabajo, fruto como no podía ser menos de una tesis doctoral (dirigida por el doctor Antonio López Hidalgo) se ha adentrado en el género que había quedado más relegado y más abandonado por los investigadores. Aunque en los libros que se centran en la totalidad de los géneros de opinión o argumentativos siempre tiene un capítulo, es cierto que en ocasiones no sobrepasa las 11 páginas como en el caso de los trabajos de Morán Torres (1988) o Abril Vargas (1997). Todo esto nos indica que el editorial era un género que imponía sus respetos dentro de la investigación. Ahora, por fin, podemos decir que en este aspecto, la investigación se ha hecho mayor al completar con un estudio de gran

alcance todo el género periodístico del editorial.

El trabajo abarca cada uno de los aspectos que deben ser explicados a los estudiantes de Periodismo y conocidos por los periodistas. Desde la historia del género (dónde sólo se echa en falta profundizar más en el ámbito español) hasta las características formales pasando por sus funciones y modos operativos. La estructura del libro es muy clara acercándose al objeto de estudio desde lo más general hasta los aspectos más concretos o particulares. Con todo, no es esta claridad lo que merece un elogio más encendido, sino la excelente utilización de ejemplos, que permiten decir de este libro que está trabajado a pie de obra, con los materiales que día a día utilizan los periodistas y que deben ser el objeto de estudio de los académicos. La cuidada selección de los ejemplos, la oportuna inclusión, el acertado análisis que realiza de los editoriales en los momentos en que precisa de hacerlo consiguen que este libro sea un manual práctico, sin perder en ningún momento el rigor expositivo y el

suficiente análisis teórico que deben acompañar a estos manuales.

Conviene también destacar los capítulos VIII y X, los relativos a la titulación y los argumentos empleados y a las características de estilo. Las matizadas observaciones y el repertorio de recursos que presentan ayudan a clarificar los siempre procelosos matices estilísticos, uno de los aspectos más complicados de enseñar y analizar en la redacción periodística.

Otro de los puntos en que la autora demuestra su valentía es en la propuesta de una nueva tipología de editoriales en función del objetivo que buscan: analítico, instructivo, predictivo, retrospectivo, de denuncia, combativo, apologético, de manifiesto, especulativo, preceptivo y necrológico. A partir de las tipologías planteadas anteriormente por otros autores, que recoge y analiza, ha elaborado esta clasificación que ayudará a clarificar el panorama a las futuras investigaciones y a los futuros editorialistas.

En el libro no podía faltar una referencia al editorial en internet, siguiendo la estela de otros trabajos que han analizado la comunicación periodística en la red de redes. En este capítulo analiza los tipos de enlaces que tienen los editoriales en las páginas web, qué editoriales publican aquellos diarios que sólo son electrónicos y explica que “el periódico digital ha propiciado cambios en el continente más que en el contenido. Como sucede con otros de opinión, las versiones digitales reproducen en su integridad los editoriales” (227).

Estamos pues ante un buen trabajo en el que sólo se echa en falta una referencia en la cuidada bibliografía. Un interesante artículo de la catedrática de la Complutense, Luisa Santamaría, titulado “Modos argumentativos en el periodismo de opinión”, publicado en la revista *Periodística* en el número 6. Por lo demás, sólo queda decir que se ha cimentado un buen escalón para las futuras investigaciones sobre el editorial. Nos vamos acercando de esta forma al final de una primera fase de explora-

ción de los géneros en la que todos están recibiendo su atención pormenorizada y la nueva generación de doctores contribuye positivamente a abrir la puerta a nuevas e interesantes propuestas.